

// Artículos //

El viaje de Ada Elflein por Tucumán, Salta y Jujuy: diseñar la nación desde una mirada porteña

Mariana Bonano¹

María Carolina Sánchez²

Recepción: 7 de octubre de 2025 // Aprobación: 2 de diciembre de 2025

Resumen

El propósito de este artículo es analizar el relato de viaje de Ada María Elflein (1880-1919) por Tucumán, Salta y Jujuy (*La Prensa*, junio-julio 1913), a la luz del concepto de identidad propuesto por Stuart Hall (2003), quien lo entiende como una “representación” fraguada en el discurso. Se plantea, así, indagar en las operaciones de “sutura” y de recorte subyacentes a la inclusión de las provincias del noroeste en la fórmula identitaria de la nación que la viajera efectúa en su crónica. Interesa particularmente evaluar las posiciones que asume frente a la heterogeneidad cultural y en qué medida su condición de inmigrante interviene en las representaciones delineadas. Historia, naturaleza, habitantes y signos de progreso son los ejes de observación a partir de los que modela una imagen del “interior” apta para integrar en la entidad más amplia de la nación.

Palabras clave: Elflein - crónica de viaje - provincias del noroeste - identidad argentina - nación

Abstract

The purpose of this article is to analyze the travelogue of Ada María Elflein (1880-1919) through Tucumán, Salta and Jujuy (*La Prensa*, June-July 1913), in light of the concept of identity proposed by Stuart Hall (2003), who understands it as a “representation” forged in discourse. Thus, the aim is to investigate the operations of “suture” and cut-off underlying the inclusion of the northwestern provinces in the identity formula of the nation that the traveler constructs in her chronicle. It is particularly important to evaluate the positions she adopts regarding cultural heterogeneity and the extent to which her status as an immigrant influences the representations she outlines. History, nature, inhabitants, and signs of progress are the axes of observation from which she shapes an image of the “interior” suitable for integration into the broader entity of the nation.

Keywords: Elflein - travelogue - northwestern provinces - Argentine identity - nation

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Investigadora adjunta del CONICET. Profesora adjunta en la UNT. E-mail: mariana.bonano@filo.unt.edu.ar

² Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Investigadora adjunta del CONICET. Profesora adjunta en la UNT. E-mail: mcarolinasanchez@filo.unt.edu.ar

Introducción

En 1880, año del nacimiento de Ada M. Elflein (1880-1919)³, se desarrollan dos procesos en la sociedad argentina de profunda resonancia en la trayectoria de la escritora y en su producción: el arribo masivo de inmigrantes y el inicio de una coyuntura de “gran liberalización” en la historia de las mujeres (Masiello, 1997, p. 115). Un tiempo de crisis, conquistas y reformulaciones modela su voz autoral y la interpela, tanto como descendiente de extranjeros como en el anhelo de desarrollar una vocación literaria. La “reacción nacionalista” (Altamirano y Sarlo, 1983) de tintes xenófobos provocada por sucesivos desembarcos de contingentes de diversas etnias europeas conduce a la necesidad de redefinir la identidad argentina, a la que las élites criollas perciben amenazada ante el nuevo escenario. Por otra parte, el dinamismo y la complejización de la estructura social producto del crecimiento poblacional vertiginoso presentan como signo positivo la existencia de mayores oportunidades de movilidad y ascenso (Lobato, 2000) que benefician al colectivo femenino, un grupo social activo que demanda participación en el espacio público (Masiello).

Hija de inmigrantes alemanes, la escritora atestigua esas nuevas posibilidades accesibles a las mujeres al incorporarse como primera mujer empleada formalmente en la redacción de un diario argentino (Crespo, 2022, 2023; Szurmuk, 2007), el prestigioso periódico *La Prensa*⁴. Este medio será el espacio para el despliegue de una obra cuentística y de crónicas de viaje⁵ vinculadas con el imperativo de homogeneización cultural y la difusión de los valores del nacionalismo.

Los procesos mencionados se inscriben en un marco más amplio de transformaciones capitalistas, impulsadas por la expansión económica de fines del siglo XIX, que cristalizan en el “modelo agroexportador”. Se impone una ideología del progreso que “demolía los usos, valores y representaciones del ‘mundo antiguo’” (Liernur, 2000, p.

³ Desde las últimas dos décadas, la figura y obra de la autora han sido sistemáticamente objetos de rescate por parte de la crítica literaria argentina, dando continuidad a una labor inicial de recuperación parcial de sus escritos en la prensa, realizada por Gisberta Smith de Kurth (1926) y Julieta Gómez Paz (1961). La inclusión de su nombre en la reciente *Historia feminista de la literatura argentina*, en el volumen coordinado por Graciela Batticuore y María Vicens (2022), reseña su intervención en la ciudad letrada de principios del siglo XX. Merece especial mención la tarea de Natalia Crespo, quien ha emprendido un riguroso trabajo de archivo con el propósito de sistematizar la obra completa de Elflein. En el cuerpo del trabajo se recogerán otros aportes críticos con los que el presente artículo dialoga.

⁴ Crespo (2023) ofrece una interesante reconstrucción de la trayectoria de Elflein. En relación con su profesionalización, la escritora se sirve del título de maestra para luego resignificar la tarea docente para sus propios fines: dedicarse a la literatura. Hacia 1905, propone un conjunto de cuentos sustentados en un proyecto que interesaría al diario. Se le asignará un folletín dominical durante los meses escolares (abril a noviembre), inicialmente bajo el título “Leyendas argentinas para niños”, que se hará popular por las historias patrióticas que narra.

⁵ Para un panorama completo y sistematizado de las publicaciones de Elflein en *La Prensa*, véase Crespo (2022).

441). Un acelerado cambio en la fisonomía urbana afecta particularmente a las ciudades del litoral, que asisten a una vertiginosa expansión. Las ciudades del resto del país participan de este influjo moderno en grado desigual, lo que pone de manifiesto la distancia jerárquica entre el centro y la periferia.

Oscar Terán (2000) señala que el debate intelectual de entresiglos, con su punto culminante en los años del Centenario, gira alrededor de “una querella simbólica por la nacionalidad” (p. 352), de la cual surgirán diversos modelos de argentinidad elaborados desde distintas matrices ideológicas (positivismo, psicobiología, modernismo cultural, tradiciones locales). Más próximo al momento de producción de Elflein, el pensamiento alrededor de lo nacional comienza a fundamentarse en variables espiritualistas, como es el caso del esencialismo de Manuel Gálvez, quien procura revertir los males de una sociedad materialista a partir de “la contrapartida de esa decadencia (...) esto es, en las provincias del interior”⁶ (Terán, 2000, p. 352). En la tradición colonial que ellas conservan, el autor encuentra el remedio para resistir al enajenamiento que promovió el liberalismo. Dentro de esta línea, si bien con sus propias particularidades⁷, se inscribe la perspectiva de Ricardo Rojas en su búsqueda del “alma nacional” en la historia, la literatura, la tradición como instrumento para recobrar el pasado en común⁸, disuelto por el cosmopolitismo. Ambos coinciden en “la creencia de que la idea de nación debe incluir la emoción del paisaje, el amor al pueblo natal (...) una lengua y una tradición comunes” (Terán, 2000, p. 354). La consagración del *Martín Fierro* de José Hernández como libro nacional en la célebre disertación de Leopoldo Lugones en el teatro Odeón (1913) constituiría el punto culminante de esta serie de discursos orientados a la búsqueda de un emblema que dé expresión al “ser” argentino. A los ensayos sobre la identidad, debe sumarse el énfasis en historia y geografía en la formación escolar.

En ese vasto marco de definición identitaria se advierte una inflexión dentro del género de la crónica de viajes, marcada por la insistencia en un nuevo destino: las diferentes provincias del territorio argentino (Servelli, 2018). Este fenómeno alcanza gran difusión de la mano de periódicos modernizados y de gran tirada⁹ que proveen materia de lectura a un amplio público, producto del crecimiento demográfico y de los planes alfabetizadores de décadas previas. Esos relatos “de tierra adentro” están profundamente atravesados por el gesto de conformar una “comunidad imaginada” (Anderson, 2000) buscando hacer conocer e integrar nuevas manifestaciones de lo argentino en la construcción del imaginario nacional. Refieren regiones distantes del centro

⁶ Estas ideas aparecen expresadas en *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) del referido autor.

⁷ Rojas se diferencia de Gálvez por la defensa del laicismo.

⁸ Un ensayo clave de Rojas es *La restauración nacionalista* (1910).

⁹ Carlos Ulanovsky (1997) reseña los cambios modernizadores y las nuevas posibilidades técnicas alcanzadas por los periódicos finiseculares en Argentina.

porteño y delinean los rasgos de sus paisajes, las costumbres de sus habitantes y los sucesos de la historia patria que transcurrieron en su suelo.

El creciente interés por componer imágenes provinciales que armonicen con la entidad más amplia de la nación tiene como trasfondo la nueva coyuntura originada a partir de la declaración de la ciudad de Buenos Aires como jurisdicción nacional. La Ley 1029 de 1880 pone fin al persistente enfrentamiento entre esta provincia y el resto de país, contrarrestando la hegemonía porteña al declarar su espacio urbano más estratégico como capital de la República y la repartición de los recursos generados por la actividad aduanera. No obstante, aunque la ley de Federalización reconfigure el poder interregional, su efecto es más simbólico que real, ya que la provincia de Buenos Aires mantendrá su prestigio como metrópoli civilizada y su predominio económico.

De acuerdo con Martín Servelli (2018), la crónica de viaje por provincias es profusamente practicada en el cambio de siglo por reporteros, entre los que figuran los nombres de Roberto J. Payró, José Manuel Eizaguirre, Julio Piquet, Eustaquio Pellicer, Amado J. Ceballos (Ashaverus) y Benigno Lugones, junto a los de otros menos conocidos. Teniendo en cuenta la consolidación de un *locus* enunciativo masculino, resulta llamativa la producción de Elflein dentro de este formato al que arriba luego de haber adquirido renombre como autora de cuentos patrióticos dirigidos a niños¹⁰. Esta nueva zona de su escritura se inaugura en 1913 bajo la aspiración de recorrer y narrar la Argentina en su vasta extensión¹¹, y se cierra en 1919, año de su muerte. En este lapso, aparecen sus crónicas sobre Mendoza y el Cerro Pelado (1913), Tucumán, Salta y Jujuy (1913), Neuquén, Río Negro, Chile (1916) y Traslasierra (Córdoba) y San Luis (1918). Este trabajo se propone abordar el periplo de Elflein por Tucumán, Salta y Jujuy, el cual no ha sido indagado con anterioridad¹², pese a que existe una nutrida bibliografía sobre sus escritos de viaje¹³.

¹⁰ Si bien otras mujeres escribieron relatos de viaje a lo largo del siglo XIX, Elflein se distingue de ellas por el cruce entre el periodismo y su destinación masiva, la construcción de una fórmula identitaria y el desplazamiento por varias regiones del país. En este sentido, las narraciones que recogen los periplos de las argentinas Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla y Juana Manso no conjugan los rasgos antes señalados. Tampoco las de extranjeras como Lina Beck Bernard, Jennie Howard o Florence Dixie, que la bibliografía crítica recupera a propósito de sus viajes por Argentina.

¹¹ Estos recorridos muestran breves incursiones a países limítrofes como Chile y Uruguay.

¹² Una excepción es el trabajo de Patricio Fontana quien, al caracterizar a Elflein como viajera, señala gestos presentes en el recorrido por el noroeste.

¹³ La escritora es analizada como viajera por el ya citado Fontana en un capítulo en el marco de la *Historia feminista de la literatura argentina* y en los trabajos de María Vicens, Pilar María Cimadevilla y Claudia Torre, focalizados en los desplazamientos por el centro y el sur del país. En cuanto a la restitución de los textos de viaje, revisten importancia las ediciones de Gisberta Smith de Kurth y de Cynthia Cordi (2023).

Partiendo del concepto de identidad aportado por Stuart Hall (2003), entendida no como una esencia *a priori* que debe ser descubierta, sino como una “representación” fraguada en el discurso, el presente trabajo se plantea indagar en las operaciones de “sutura” y de recorte subyacentes a la inclusión de las provincias del noroeste en la fórmula identitaria de la nación que Elflein configura en su crónica. Interesa particularmente evaluar las posiciones que ella asume frente a la heterogeneidad cultural y en qué medida su condición de inmigrante interviene en las representaciones delineadas.

Una viajera en busca de un norte identitario. Historia, paisaje, habitantes

Al igual que el resto de sus desplazamientos, el viaje de Elflein por las provincias del noroeste no surge inicialmente como una delegación del diario, si bien este medio acogerá sus crónicas e incluso las patrocinará más tarde. En su conjunto, se enmarcan en la participación de la escritora en el Círculo Mary O. Graham, una asociación femenina conformada por maestras con el ideario de apuntalar la historia nacional bajo el asesoramiento de Francisco P. Moreno. El Círculo promovía actividades como la realización de peregrinaciones patrióticas con el propósito de profundizar en el pasado, visitando escenarios significativos donde se fundó la nación.

Elflein publica sus notas de viaje por las provincias del norte de Argentina en *La Prensa* durante junio y julio de 1913¹⁴. En concordancia con el ideario de la entidad en que se inscribe el periplo, la cronista explicita la finalidad que la guía con las siguientes palabras:

Yo había venido a Tucumán bajo la fascinación de los recuerdos históricos: quería conocer sobre todo el “Campo de las Carreras” donde se libró la batalla del año 1812 y la casa donde los representantes de los pueblos declararon en 1816 la independencia argentina.

Esto y el marco natural de la región estimulaban mi curiosidad de viajera, y no la gente de esta época de rudo trabajo en nuestras ciudades modernas. (Elflein, 2023, p. 59)¹⁵

Este propósito coincide con dos núcleos constitutivos de la crónica del viaje al “interior”: la historia y el paisaje (Servelli, 2018). En el desarrollo de ambos, el observador aproxima al lector los escenarios lejanos del país a partir de representaciones portadoras de atributos identitarios. Elflein, familiarizada con este formato, registra un recorrido por los sitios de memoria. En Tucumán, visita la Casa Histórica que alojó a diputados de diversas regiones del país para la Declaración de la Independencia y el

¹⁴ Según pudimos constatar, el desplazamiento por el noroeste se publicó en el folletín dominical de *La Prensa* bajo los títulos: “Tucumán” (22 de junio); “Lules” (29 de junio); “Villa Nougués-El camino de Belgrano” (6 de julio); “Jujuy” (13 de julio); “Humahuaca” (20 de julio); “Reyes-Salta” (27 de julio).

¹⁵ En adelante, los pasajes de la crónica por el norte serán citados a partir de la edición de Cynthia Cordi (2023).

predio en que tuvo lugar la batalla del 24 de Septiembre, donde Belgrano, al mando del Ejército del Norte, derrota a las tropas realistas. Gestos similares despliega en Salta y Jujuy. El pasado que la viajera privilegia para alimentar el nacionalismo es el del proceso independentista y sus protagonistas. Si bien en Humahuaca evoca la conquista de los Incas y advierte los resabios de su cultura, predomina el relato sobre el ingreso del ejército realista desde el Alto Perú a las provincias del norte.

La visita a los sitios de memoria tiene en Elflein una doble función. Por un lado, procura reforzar el vínculo afectivo con un pasado en común y fomentar un sentimiento nacional en la comunidad de lectores del periódico: “Aquí un pueblo en armas libró la batalla reivindicatoria de derechos americanos el 24 de septiembre de 1812” (p. 60). Por otro, promueve la preservación gestionando la colocación de placas conmemorativas allí donde la expansión urbana amenaza con hacer desaparecer la historia: “Las inscripciones del humilde monumento que existe en la plaza, consignan en verdad esta fecha; pero como pudiera hacerse con cualquier otra. Es necesario precisar” (p. 60). Esa operación de insertar la letra sobre el espacio tiene continuidad cuando en las estaciones de tren reclama para algunos tramos, la inclusión de los nombres de figuras de la historia patriótica: “¿por qué no hay en el larguísimo trayecto hasta Jujuy una sola estación Belgrano, Dorrego, Díaz Vélez, Holmberg, Zelaya...?” (p. 72). Elflein apuesta a la función de la escritura para diseñar el pasado común en la versión criolla que debe imponerse sobre otras historias locales que remiten al legado colonial e indígena.

La reconstrucción de este pasado moviliza en la autora la percepción de la reciente inscripción de sus ancestros familiares en la historia argentina. Descendiente de inmigrantes, parece experimentar cierto menoscabo frente al linaje de las élites patriarcas, como el de sus mentores Mitre y López y, por ello, recurre a una autofiguración para reforzar su derecho a participar del legado patrio: “Nos creemos, aunque nuestros inmediatos antecesores sean extraños al ciclo glorioso de los fundadores de la República, herederos de los que aquí fundaron algo duradero, y que bajo este suelo descansan del trágico de su tránsito por la vida” (p. 51).

Mientras el tratamiento de la historia provoca en la cronista cierta incomodidad a raíz de su procedencia extranjera, el abordaje del paisaje le permite regocijarse sin reservas respecto de su origen. La viajera teje lazos con las diferentes manifestaciones del suelo argentino y construye imágenes estéticas y sentimentales para que el lector, que desconoce los escenarios recónditos, pueda participar de la experiencia que ellos suscitan. El conocimiento positivo del espacio se acompaña de su invención, y así, siguiendo a Servelli (2018), “objetos distintivos que (...) parecen existir objetivamente tienen una realidad ficticia” (p. 16). W. J. T. Mitchell (1994) advierte que “el paisaje es

una escena natural mediada por la cultura. Es tanto un espacio presentado como representado, tanto un lugar real como su simulacro (...)” (Mitchell, 1994, p. 5)¹⁶. En la representación de la naturaleza, Elflein emplea recursos poéticos y compara lo visto con productos culturales de exquisita técnica como filigranas, tapices, encajes:

Pónese el pie aquí o allá, siempre huella algún maravilloso ejemplar de la flora subtropical; helechos de infinita variedad arborescentes diminutos de hojas de encaje o de filigrana, que simulan abanicos o penachos o plumas, de una belleza perfecta; tapices tejidos de pequeñísimos musgos, cada uno de los cuales es un portento de delicadeza y hermosura; guías que envuelven las piedras y parecen cascadas de perlas verdes. (p. 65)

En la montaña, accidente por excelencia de la geografía norteña, Elflein cifra un sentido de pertenencia. Le confiere el poder de generar una fascinación sobre los habitantes indisolublemente unidos por “lazos misteriosos” (p. 68). Si en palabras de Mitchell, “el paisaje es un medio de intercambio entre lo humano y lo natural” (1994, p. 5)¹⁷, es posible interpretar esa ligazón como una proyección del sujeto que deposita en el entorno el sentido de Patria. Los cerros se erigen como un nuevo símbolo definitorio de lo nacional, alternativo al de la pampa que había dominado en las imágenes literarias de la generación del ’37, tal como observa Servelli respecto de los reporteros viajeros que estudia. Como si se tratara de un viaje iniciático, hacia el final del periplo por el norte, la cronista expresa el surgimiento de un vínculo afectivo con esta región: “Montaña y selva nos han encadenado para siempre con su hechizo; seremos siempre suyos” (p. 91).

Esas emociones positivas suscitadas por la naturaleza no tienen correlato en el registro de los habitantes, cuando la crónica, ocasionalmente, se orienta hacia lo etnográfico. Son escasos los pasajes en los que Elflein consigna a los grupos humanos. El texto carece de un relevamiento de las prácticas socioculturales constitutivas del género. Es en Jujuy donde repara especialmente en la población indígena desde una mirada que, lejos de buscar conocer, tiende al juicio de valor cuando le atribuye de forma categórica la imposibilidad de asimilarse al orden contemporáneo. Al divisar un hombre de rasgos caucásicos en pareja con una indígena, concluye: “Verdad es que más breve y fácil es el camino de la actual civilización a la naturaleza, que viceversa” (p. 77). Aunque no cabe considerar a Elflein partidaria del positivismo de impronta biológico y racial, algo de ese pensamiento parece filtrarse en este punto¹⁸, por ejemplo, cuando adopta el ideal de belleza occidental.

¹⁶ La traducción nos pertenece.

¹⁷ La traducción nos pertenece.

¹⁸ Respecto de las matrices ideológicas del Centenario, véase Terán (2000).

La escasez de interacciones se justifica como una condición inherente del indígena, quien es caracterizado como hermético, “insondable” y “taimado”. Estos rasgos contrastan con los del poblador del litoral, quien se autodefine como abierto, moderno, comunicativo y cosmopolita. La apreciación refuerza la perspectiva de superioridad étnica que permea la visión de la cronista, quien situándolo fuera del intercambio social, lo presenta como anacrónico e incapaz de incorporarse a la nación moderna¹⁹. Si bien con esta perspectiva excluye a los pueblos originarios²⁰ de la comunidad argentina que promueve, no problematiza su lugar como fuerza de trabajo cuando divisa en la estación del ferrocarril a indígenas zafreros.

La mirada hacia las mujeres indígenas en particular continúa los lineamientos analizados, pero también incorpora elementos pintoresquistas al describir sus trajes, mantas y ponchos coloridos. Emerge una valoración positiva de la mujer como guardiana de las tradiciones, lo que inspira en la cronista una actitud de respeto ante la fidelidad a prácticas ancestrales en tiempos en que lo moderno despoja los particularismos: “predomina la impresión grata que produce lo que es definido, lo característico y se siente respeto por estas gentes que tan fielmente conservan su traje tradicional” (p. 76). En el comentario podría vislumbrarse una soterrada nostalgia ante la asimilación sufrida por el inmigrante, obligado a despojarse de sus propios rasgos culturales originales para fundirse plenamente en el proyecto de la nación moderna, una renuncia que remite a la historia familiar de la propia cronista.

Mientras la operación identitaria de Elflein deja de lado a los pueblos originarios, integra al extranjero, al que asocia con el progreso. Un testimonio de ello es la figura de Mr. Heywood, ingeniero de la empresa hidroeléctrica, a quien conoce en Tucumán y la lleva a visitar las obras realizadas para proveer de luz a la provincia. En coincidencia con lo señalado por Vicens, los inmigrantes son “retratados como verdaderos *pioneers* promotores de la civilización en los rincones del país” (2025, p. 110). Por su parte, Boldini ha notado acertadamente que Elflein “problematiza el nacionalismo esencialista de los intelectuales del Centenario, que cierra las puertas a lo foráneo” (2020, p. 34).

La autora construye una imagen del norte que lo asemeja a una postal paisajística y hace de las ciudades un museo. Como lo ha explicitado, el presente, sus promesas y

¹⁹ La siguiente cita ilustra lo referido: “Estos tipos de indígenas pasan serenos sin demostrar curiosidad; saludan breve y cortésmente: miran con disimulo bajo el ala del sombrero, y raras veces vuelven la cabeza. También aquí el monosílabo es la respuesta invariable a la pregunta o el pedido. Yo que he nacido y vivido entre las gentes vivaces del litoral, me encuentro desconcertada ante la fría altivez y la taimada reserva de esta raza milenaria”. (pp. 84-85)

²⁰ A diferencia de estos gestos de exclusión, en su viaje por la Patagonia, Elflein establece contacto con un miembro dirigente de la comunidad indígena que demanda la creación de escuelas. Esta voluntad de asimilación al Estado argentino le permite considerar la inclusión de este grupo social.

su conflictividad²¹ quedan excluidos de su programa. En efecto, podría decirse que la observación de la viajera actúa de forma predeterminada en tanto se dirige a constatar una serie de manifestaciones definidas de antemano, a modo de filtros en su contacto con la realidad provincial. No llega así a conocer una sociedad en movimiento. Por ejemplo, en lo que atañe al Tucumán contemporáneo al viaje de Elflein, los trabajos de Soledad Martínez Zuccardi (2005, 2012) destacan que desde las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, “la temprana modernización que en distintos planos experimenta (...) la convierte en un caso singular en relación con el panorama ofrecido por otras provincias del denominado ‘interior’ del país” (2012, p. 27). Su estudio sobre la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907), surgida con el propósito de promover un centro intelectual propio, permite recuperar otro foco del debate alrededor de la modernización cultural con sus vertientes positivista y espiritualista, que debe tenerse en cuenta a la par de aquel que tiene como epicentro a Buenos Aires. Incluso, dicha publicación tiene como interlocutor a una institución como la Sociedad Sarmiento que canalizaba las inquietudes culturales de la juventud²². Además, en 1912 se crea la Universidad Provincial (luego Nacional en 1921).

En relación con la fisonomía, la capital tucumana participa del “proceso de urbanización del país” señalado por Liernur (2000, p. 411). Desaparecen viejos edificios y en su lugar se construyen otros más ostentosos que connotaban la idea de “progreso”, entre ellos, la casa de Gobierno provincial de 1908 que “se instalaba en la plaza principal, reemplazando o cubriendo el lugar del viejo Cabildo” (p. 441). Martínez Zuccardi (2012) refiere que en la ciudad “pequeña aunque densamente poblada” (p. 30) surgen nuevas avenidas, “por las que pasan los primeros automóviles, y (...) lujosos edificios (...) que dan a la ciudad un nuevo rango” (p. 30).

Una apuesta por lo moderno: el progreso y el mundo natural domesticado

El programa que Elflein explicita al inicio de su relato —la recuperación de los sitios históricos y el conocimiento de la diversidad natural de las regiones argentinas— expone un punto de fuga en el vivo interés en los signos contemporáneos de modernización del interior, un aspecto que genuinamente la convoca. En este punto, la cronista despliega una mirada sobre el paisaje que difiere de la representación arriba examinada.

²¹ A fines del siglo XIX, el sector obrero en Tucumán adquiere protagonismo de la mano de la expansión de la industria azucarera. Con anterioridad al viaje de la cronista a esta provincia, la creciente conflictividad ocasionada por desfavorables condiciones de empleo había motivado la inspección del funcionario Juan Bialet Masee, enviado por el Ministerio del Interior a cargo de Joaquín V. González para mitigar la “cuestión social”. Posiblemente la commoción nacional ante estos temas haya incidido en la omisión de la viajera del asunto. Para mayores precisiones sobre la acción gubernamental ante el conflicto obrero del período, consultese Lobato (2000, pp. 465-506).

²² Tucumán ya contaba con un Colegio Nacional (1864) y una Escuela Normal (1875).

Tucumán, caracterizado por una “mezcla de cosas modernas y antiguas” (p. 57), contiene parcialmente aquellos signos de progreso que Elflein se muestra interesada en explorar. Durante la coyuntura de entresiglos, la provincia se perfila como un foco pujante dentro de una modernización desigual de la región noroeste y emerge como centro de la industria azucarera. La autora compone un cuadro de su llegada al “jardín de la República” en el que la plantación de cañaverales escolta el paso del tren: “9 ½ am, casi de repente, a ambos lados de la vía, extiéndese hasta perderse de vista el verde claro y brillante de los cañaverales tucumanos” (p. 56).

En tensión con la percepción estético-sentimental que proyecta sobre el marco natural, la cronista concibe ahora el paisaje como recurso económico, en términos puramente utilitarios. Así, ve con buenos ojos que la vegetación ceda lugar al monocultivo de la caña y, en palabras de Fontana (2022), “se fascina (...) ante la productiva explotación de la naturaleza” (p. 478). La escena de quebrachos derribados camino a Villa Nougués le produce cierta turbación al divisar “un gigante asesinado” (p. 70), espectáculo pronto atenuado por su adhesión al progreso: “Una curva más, y el melancólico cuadro ha quedado abajo. Un árbol, diez, veinte, han muerto... ¿Qué mella hacen en la masa incalculable de los que sobreviven?” (p. 70). La escena de la tala referida funde la coloración del árbol con la idea de sangre, introduciendo, inconscientemente, el acto de destrucción.

En la ya aludida visita al emprendimiento hidroeléctrico construido en la quebrada de Lules, Elflein se entusiasma ante una naturaleza domesticada mediante la intervención técnica, un adelanto en infraestructura para aprovechar la energía del río de montaña y proveer de luz a la provincia, una “inolvidable (...) excursión” (p. 66), según comenta. Para saciar su curiosidad, los directivos de la empresa le conceden una exploración por los diques altos. Con este fin, viaja subida a una Decauville de carga sirviéndose de durmientes como asiento²³. La descripción de esa innovación de la ingeniería es registrada en términos de lucha entre técnica y naturaleza²⁴. Adjudica al

²³ En este pasaje, el relato de viaje incluye la dosis de aventura que forma parte de la retórica del género. María Vicens ha analizado en otro de los destinos de Elflein su ascenso al Cerro Pelado.

²⁴ La subida por el flanco de la montaña en la Decauville también se narra como confrontación entre la locomotora y la naturaleza: “(...) el pequeño convoy va ganando en altura (...). ¿No va a estrellarse contra aquella roca? No, hay espacio entre esta y el acantilado el río (sic), precisamente el suficiente para que la máquina pueda contornearla y deslizarse luego en una especie de callejón cortado en la piedra viva (...) para encontrarse luego frente a otro promontorio. En un punto el cerro, cansado de tanto traqueteo y silbido que desgarra sus majestuosos silencios, ha avanzado un hombro de granito con gesto de mal humor. Y la vía, sabedora de que no es bueno incomodar a los grandes de la tierra cuando están de ceño, lo deja cortésmente a un lado. En un esguince hábil evita el estorbo y le deja retaguardia, lanzando un silbido burlón” (p. 66). Nótese que aquí la montaña recibe un tratamiento diferente del analizado a propósito de la construcción identitaria a partir del paisaje, cuando habla de los “lazos misteriosos” que

caudal de agua una actitud de protesta a causa de haber sido controlado: "El río Lules libre de prisiones que más arriba lo sujetaban en forma de túneles, cañerías y máquinas, se lanza en vertiginosa fuga por su lecho de piedra, azotando las rocas al pasar, cual si vengara en ella su enojo" (p. 65).

Elflein se entusiasma ante la mutación de la naturaleza intervenida y solo advierte los elementos positivos de cambio y de crecimiento económico. La experiencia moderna, definida por Marshall Berman (2000) como una ambivalencia entre el asombro ante la transformación y el resquemor ante los costos destructivos, se reduce en la cronista a una postura celebratoria de la modernización.

El desarrollo se revela como un criterio que sustenta la operación de inclusión/exclusión, sutura/recorte (Hall) de la fórmula identitaria propuesta por Elflein. La integración consiste para ella en exponer a las provincias a la fuerza homogeneizadora del progreso. Con este rasero, jerarquiza las diferentes zonas recorridas. La mirada sobre Jujuy destaca el estado de atraso y advierte la conflictividad entre la conservación de la cultura local y la participación en el proyecto civilizatorio:

La más septentrional de las capitales argentinas difiere tanto de sus hermanas del centro y del litoral, que el viajero no reacciona al punto de su sorpresa. Representa un anacronismo en nuestra República, pero un anacronismo que no deseáramos ver desaparecer, si tal fuese compatible con el progreso que anhelamos para todas las regiones de nuestra patria. (p. 75)

Un antípodo de aquella exaltación de los adelantos técnicos son las reflexiones respecto del ferrocarril en el inicio de su relato de viaje. Símbolo del progreso y de la experiencia de la modernidad en el siglo XIX, el tren adquiere protagonismo como medio de transporte de los tiempos modernos²⁵. En su discurso, Elflein vertebría un contraste entre pasado y presente, dejando notar su preferencia por la coyuntura contemporánea. La cronista considera obsoletos los medios de locomoción típicos como la "carreta tucumana con el crujir de su maderamen (...) y con el paso tardo de sus yuntas agobiadas bajo el yugo cruel" (pp. 52-53). Estos juicios la alejan de ese gesto de resignificar la tradición que Altamirano y Sarlo (1983) advierten por parte de los letreados de la oligarquía como respuesta a la inmigración: "El gaucho, el desierto, la carreta ya no son los representantes de una realidad 'bárbara' que hay que dejar atrás en la marcha hacia la 'civilización', sino los símbolos con los que se trama una tradición nacional que el 'progreso' amenaza disolver" (p. 95). Una vez que se traslade por la

establecen un sentido de pertenencia. Aun con todo su poderío, y su rasgo imponente, la montaña es, para Elflein, un obstáculo a sortear en nombre de la modernización.

²⁵ El tratamiento del tren es recurrente en todos los viajes de Elflein.

ciudad de Tucumán, notará que el auto circula entre hombres que tiran de animales de carga, lo que le parece retrógrado y un escollo a sortear²⁶.

La percepción de la viajera aparece modelada por la experiencia de la locomotora. Wolfgang Schivelbush (1997) destaca que “En los escritos de principios del siglo XIX, la disminución temporal se expresa principalmente en términos de una reducción del espacio” (p. 49)²⁷. La cronista confunde longitud con tiempo cuando expresa: “La distancia –que era una enfermedad atrofiadora de los órganos sociales– ha dejado de existir” (p. 53). Esta afirmación constituye una alusión velada al diagnóstico ofrecido en el *Facundo* (1845) por Domingo F. Sarmiento, quien atribuía a la vasta extensión geográfica el mayor “mal” del país. Al declarar superada esta “enfermedad”, Elflein se sitúa en un tiempo en el que los avances técnicos han contrarrestado la lejanía y el aislamiento interregional de la Argentina. De este modo, el tren aparece como metonimia del movimiento integrador de la autora: acerca a las provincias y las homogeneiza con su influencia²⁸.

El periplo en tren como experiencia moderna está modelado por los placeres burgueses en un trayecto rodeado de comodidades que reproduce en su interior la vida en los centros cosmopolitas. Es comparado con un “hotel rodante” que satisface las necesidades de sus pasajeros protegidos del contacto con la intemperie. El entorno artificial y rodante se contrapone al mundo natural:

En el iluminado comedor reina agradable bullicio, y mientras el tren corre entre paredes de tinieblas como por un túnel, los viajeros alrededor de las mesas servidas, comen y charlan sin la más remota idea de peligro. Y sin ninguna de estas preocupaciones, se tienden luego a dormir como me tendí yo, mientras el tren seguía su carrera devorando centenares de kilómetros en medio de la oscuridad. Duermo mecida por el rodar del tren y su monótono concierto de hierros que produce el choque y el roce de metales y maderas, extraña conversación que la mente va interpretando a

²⁶ “El automóvil, cual si fuera cuerpo viviente, hacía esguinces y graciosos rápidos para no atropellar numerosas recuas de burrillos guiadas por mestizos trajinantes de leña, que en su apacible indiferencia parecían desear que se apartara también el eléctrico, si este no corriera en rieles.” (p. 57)

²⁷ La traducción nos pertenece.

²⁸ Recurriendo al concepto benjaminiano de “aura” como “existencia única en el lugar donde se encuentra”, Schivelbush (1977) interpreta la conexión interregional propiciada por el tren en términos de pérdida de su condición recóndita a partir de la accesibilidad: “Las regiones, unidas entre sí y con la metrópoli por el ferrocarril, y los bienes arrancados de su relación local por el transporte moderno, compartieron el destino de perder su lugar heredado, su presencia espacio-temporal tradicional o, como Walter Benjamin lo resume en una palabra, su «aura»” (p. 55).

cada minuto diversamente y que concluye por hacer el efecto de un maternal canto de cuna. (p. 55)²⁹

En contraste con lo que Schivelbush (1977) recoge como testimonios de época referidos a la “patología del viaje en tren” (p. 115), Elflein, asimilada a la máquina, halla acogedores los ruidos y la vibración mecánica de la locomotora, a los que compara con el arrullo de una madre. Esta autofiguración da cuenta de un cuerpo inmerso en ruidos metálicos y adaptado a las condiciones de un orden mecanizado, como si se tratase de un vínculo primigenio. En la analogía, subyace la humanización de la máquina a la que asigna un rol protector y de seguridad.

La variante del viaje ligada a la búsqueda de los signos de lo moderno permite descubrir otro de los criterios que sustenta la representación de lo nacional forjada por Elflein. La viajera se manifiesta partidaria de la uniformización modernizadora que debe imponerse sobre lo que considera atraso, desconociendo tiempos y culturas locales. El tren, agente del progreso, la contiene como un segundo hogar a la vez que sus caminos de hierro pueden compararse al hilo con el que sutura a la nación.

Conclusiones

Escritora profesionalizada de *La Prensa*, Elflein emplea la crónica como una ventana, permitiendo que los lectores de la urbe porteña se asomen a un territorio que les resulta ajeno y desconocido pero que atesora escenarios emblemáticos de la gesta patriótica y un entorno natural dotado de una belleza singular. Se perfila, así, como una mediadora cultural que construye la integración del país mediante operaciones de inclusión/exclusión. Los testimonios de la historia nacional contenidos en las provincias del norte no solo le sirven para incentivar el sentimiento patrio en sus lectores, sino también para hacer visible la conexión de estas regiones con un pasado en común. Sin embargo, su narrativa de recuperación margina otros procesos sociohistóricos de las comunidades locales, así como a sus habitantes.

En el tratamiento del paisaje, una veta tiende a la representación de entornos a los que infunde sentidos estéticos-sentimentales para suscitar un efecto de pertenencia. Otra veta, en cambio, muestra a la naturaleza como recurso a ser intervenido y transformado por el progreso, celebrando su metamorfosis en pos de la “conquista”

²⁹ En sintonía con esto, un testimonio del diario de la autora, citado en el homenaje de Enrique García Velloso, da cuenta de su fascinación con los aspectos técnicos del periódico: “Me dura aún la impresión de haber llegado por fin al lugar que inconscientemente buscaba. (...) El mecanismo atronador con sus mil ruidos y fascinador en su complejión de gran establecimiento moderno, se ha apoderado de mí, me ha aprisionado entre sus redes y volantes, y ya no me soltaré más, porque he hallado allí lo que buscaba instintivamente: actividad, labor fecunda, la vida misma febril y agitada. ¡Veremos lo que hace de mí!”. (*La Prensa*, 5 de diciembre de 1919, p. 8)

utilitaria. Decidida partidaria del espíritu de modernización de su época, Elflein valora el potencial de la naturaleza para el desarrollo. En este sentido, la “geografía imaginaria” que delinea participa de la búsqueda de un paisaje propio para cifrar la identidad nacional, característica de las élites criollas (Ricardo Rojas, Manuel Gálvez), y a la vez, la trasciende en la medida en que opta por una naturaleza explícitamente domesticada y puesta al servicio del progreso.

A través de su recorrido por las provincias del norte, presenta al “interior” y advierte los cambios que la región debe atravesar para entrar en la misma senda de “civilización” representada por la metrópolis capitalina. Este es el espacio que la viajera toma como modelo para homogeneizar el territorio argentino y que subyace a la jerarquización de determinadas provincias, reproduciendo las relaciones de poder que históricamente incidieron en el predominio portuario. A diferencia de los letrados de orientación esencialista que vieron en el interior un reservorio de elementos culturales para resistir al cosmopolitismo, Elflein no valora la fisonomía colonial de Salta. Tam poco repara en procesos culturales del presente que se desarrollan en Tucumán³⁰. En este sentido, la mirada de la enunciadora está modelada por un marcado etnocentrismo que le impide descubrir otras facetas de las realidades provinciales. El programa de observación pautado para su viaje la aleja del contacto con el dinamismo contemporáneo.

Su concepción se enfoca en el progreso continuo. En este sentido, redefine el papel de la historia como herramienta activa para la construcción del futuro. Su postura difiere aquí de la de aquellos que ven la identidad solo ligada al pasado:

Es necesario difundir el conocimiento de nuestra historia, no para cristalizarnos en la veneración a próceres y descansar a la sombra de los laureles “que supimos conseguir”, sino para cosechar en ese campo riquísimo abonado con sangre y amojonado con huesos de héroes y aprender a hacer hoy y en el futuro lo que supieron hacer nuestros mayores. (p. 60)

Bibliografía

- Altamirano, C. y Sarlo, B. (1983). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Centro Editor de América Latina.
- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica.

³⁰Tal como señala Vicens (2025): “sus textos refrendan (...) aquella ‘cultura de integración’ (Rogers 18) que aspiraba a neutralizar las notables diferencias étnicas, lingüísticas y de clase de una sociedad atravesada por el proceso inmigratorio mediante la articulación de una identidad nacional en construcción y proyectada al futuro”. (p. 110)

- Berman, M. (2000). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad.* Siglo XXI.
- Boldini, M. G. (2020). Puntos de fuga: representaciones femeninas de “tierra adentro” en obras de Victoria Gucovsky y Ada María Elflein. *Confabulaciones. Revista de Literaturas de la Argentina*, (4), 19-36.
- Cimadevilla, P. M. (2023). Entre Moreno y Arlt: Ada Elflein en la Patagonia. *Caracol*, (25), 772- 802.
- Crespo, N. (2022). Ada Elflein: archivo y patrimonialización. *Confabulaciones. Revista de Literaturas de la Argentina*, (7), 54-71.
- Crespo, N. (2023). “La aliada”: prensa y literatura en Ada Elflein. En A. Bocco, N. Crespo y H. Sosa (dirs.), “*De cada cosa un poquito*”. *Prensa y literatura en el largo siglo XIX* (pp. 165-189). Editorial UADER-EdUNa.
- Elflein, A. M. (2023). *Impresiones de viaje. Mendoza, Tucumán, Salta y Jujuy, Patagonia, San Luis y Córdoba*. Prólogo de Cynthia Cordi. Los Lápices Editora.
- Fontana, P. (2022). Mujeres en movimiento. Del viaje obligado al viaje deseado. En G. Batticuore y M. Vicens (coords), *Historia feminista de la literatura argentina. Mujeres en revolución. Otros comienzos* (pp. 447-486). Editorial EDUVIM.
- García Velloso, E. (5 de diciembre de 1919). Homenaje póstumo a la Señorita Ada M. Elflein. *La Prensa*, p. 8.
- Gómez Paz, J. (1961). Estudio Preliminar y Bibliografía. En A. Elflein, *De tierra adentro*. Hachette.
- Hall, S. (2003). Introducción: ¿quién necesita “identidad”? En S. Hall y P. du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu.
- Liernur, J. F. (2000). La construcción del país urbano. En M. Z. Lobato (dir.), *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (tomo 5, pp. 411-461). Sudamericana.
- Lobato, M. Z. (2000). Introducción. En *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (tomo 5, pp. 11-13). Sudamericana.
- Lobato, M. Z. (2000). Los trabajadores en la era del “progreso”. En *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (tomo 5, pp. 465-506). Sudamericana.
- Martínez Zuccardi, S. (2005). *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*. Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT.
- Martínez Zuccardi, S. (2012). *En busca de un campo intelectual propio: literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán: 1904-1944*. Corregidor.
- Masiello, F. (1997). *Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna*. Beatriz Viterbo Editora.

- Mitchell, W. J. T. (1994). Imperial Landscape. En W. J. T. Mitchell (ed.). (1994). *Landscape and power* (pp. 5-34). University of Chicago Press.
- Schivelbush, W. (2014). *The Railway Journey: The Industrialization of Time and Space in the Nineteenth Century*. University of California Press.
- Servelli, M. (2018). *A través de la República. Correspondencias viajeras en la prensa porteña de entre siglos XIX-XX*. Prometeo.
- Smith de Kuth, G. (1996). Prólogo. *Por campos históricos*. Rosso.
- Szurmuk, M. (1996). Ada María Elflein: Viaje al interior de las identidades. *Monographic Review/Revista Monográfica*, XII, pp. 337-344.
- Szurmuk, M. (2007). *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. Instituto Mora.
- Terán, O. (2000). El pensamiento finisecular (1880-1916). En M. Lobato (dir.). *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* (tomo 5, pp. 327- 363).
- Torre, C. (2013). Mujeres de viaje: Lina Beck Bernard, Jennie Howard y Ada Elflein. En *Viajes y viajeros: un itinerario bibliográfico* (pp. 211-227). Biblioteca Nacional.
- Ulanovsky, C. (1997). *Paren las rotativas. Una historia de grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Espasa.
- Vicens, M. (2019). Mujer, cuerpo y aventura en la narrativa de viaje de Ada María Elflein (*La Prensa*, 1913-1919). *Zama*, (11), 47-58.
- Vicens, M. (2025). Las grietas del crisol: comunidad, nación y género en Ada María Elflein y Salvadora Medina Onrubia. *Anclajes*, 29(2), 107-119.